

En política, de Federica Montseny a Soledad Becerril

Madrid/YA

Si las empresarias o las ejecutivas tienen dificultades en llegar, las mujeres que se dedican a política lo tienen aún más negro. Ciertamente ahora hay un par de docenas de diputadas, alguna secretaria de Estado y un pequeño puñado de directoras generales. Lo mismo se puede decir de los partidos políticos, donde muchas veces da la impresión de que tienen a las mujeres de adorno. «Las enseñan», pero como con miedo, como si los hombres que mandan no se fiaran de ellas. Y tal vez es así, tanto en la izquierda como en la derecha. El dato escalofriante es que en lo que va de siglo sólo dos mujeres han sido ministras. Entre una y otra, casi cincuenta años. Sus nombres, Soledad Becerril —ministra de Cultura durante el mandato de Adolfo Suárez, de la que se empezó hablando por sus vestidos y se acabó reconociendo que fue buena ministra— y Federica Montseny —incansable luchadora por la equiparación de los derechos de la mujer con los del hombre, anarquista, ministra de Sanidad entre 1936 y 37 en la Segunda República—.

Aunque no llegaron a puestos de tan alta responsabilidad, otras mujeres españolas, en el primer tercio de siglo, edad de oro para el feminismo, ocuparon importantes puestos en las instituciones de poder. Victoria Kent, del Partido Izquierda Republicana, fue directora general de Prisiones en el primer Gobierno de la República. Clara Campoamor, del Partido Radical, defendió, casi en solitario, con la

sorprendente oposición de las diputadas de izquierda, el derecho al voto de la mujer, que le fue concedido en 1931, y fue directora general de Beneficencia. Ahí quedan también los nombres de Casilda Ampuero, Carmen Cuesta, María de Echarri, sindicalista católica, o las diputadas Dolores Ibárruri y Urraca Pastor.

En el franquismo tampoco mejoraron las cosas. Entre los nombres que más sonaron en política están los de Pilar Primo de Rivera, Lula de Lara, Belén Landáburu, Teresa Loring, Josefina Veglisson, Mercedes Sanz Bachiller, Pilar Careaga —la primera mujer ingeniero industrial que, además, fue alcaldesa de Bilbao y consejera del Reino—; Carmen Cossío Escalante —una procuradora familiar por Santander, que derrotó en las urnas a Alfonso Osorio y que juró su cargo con mantilla española—; Angeles Galino, la única mujer que fue directora general, en este caso en Educación, o Gloria Begué, que llegó a ser la primera decana de una Facultad universitaria.

Ya en la democracia, se pueden citar dos o tres docenas de nombres lo que sigue siendo muy poco. Ahí están o han estado la propia Soledad Becerril, María Izquierdo Rojo, Carlota Bustelo, Carmen Mestre, Carmela García Moreno, Carmen Llorca, Isabel Tocino, Lina Ortas, Pina López Gay o Francisca Sauquillo. Pero mandar, de verdad, muy pocas. Ni en los partidos, ni en la Administración.

